

¿A quién no enterneciera Laura con quejas tan dulces y bien sentidas, sino á don Diego, que se preciaba de ingrato? El cual entrando al tiempo que ella llegaba con sus endechas á este punto, y las oyese, y entendiese el motivo de ellas, desobligado con lo que pudiera obligarse, y enojado de lo que fuera justo agradecer y estimar, empezó á maltraer á Laura de palabras, diciéndola tales y tan pesadas, que la obligó á que vertiendo cristalinas corrientes por su hermoso rostro, le dijese: ¿Qué es esto, ingrato? ¿Cómo das tan largas alas á la libertad de tu mala vida, que sin temor del cielo ni respeto alguno te enfadas de lo que fuera justo alabar? Córrete de que el mundo entienda, y la ciudad murmure tus vicios tan sin rienda, que parece que estás despertando con ellos tu afrenta y mis deseos. Si te pesa de que me queje de tí, quitame la causa que tengo para hacerlo, ó acaba con mi cansada vida, ofendida de tus maldades. ¿Así tratas mi amor? Así estimas mis cuidados? Así agradece mis sufrimientos? Haces bien, pues no tomo á la causa de estas cosas, y la hago entre mis manos pedazos. ¿Qué espera un marido que hace lo que tú, sino que su mujer, olvidando la obligacion de su honor, se le quite? No porque yo lo he de hacer, aunque mas ocasiones me des, que el ser quien soy y el grande amor que por mi dicha os tengo no me darán lugar; mas temo que has de darlo á los viciosos como tú, para que pretendan lo que tú desprecias; y á los maldicientes y murmuradores, para que lo imaginen y digan: Pues ¿quién verá una mujer como yo, y un hombre como tú, que no tenga tanto atrevimiento como tú descuido? Palabras eran estas para que don Diego, abriendo los ojos del alma y del cuerpo, viese la razon de Laura; pero como tenia tan llena el alma de Nise, como desierta de su obligacion, acercándose mas á ella y encendido en una tan infernal cólera, la empezó á arrastrar por los cabellos y maltratarla de manos, tanto, que las perlas de sus dientes presto tomaron forma de corales bañados en la sangre que empezó á sacar en las crueles manos; y no contento con esto, sacó la daga para salir con ella del yugo tan pesado como el suyo, á cuya accion las criadas, que estaban procurando apartarle de su señora, alzaron las voces dando gritos, llamando á su padre y á sus hermanos, que desatinados y coléricos subieron al cuarto de Laura, y viendo el desatino de don Diego y la dama bañada en sangre, creyendo don Carlos que la habia herido, arremetió á don Diego, y quitándole la daga de la mano, se la iba á meter por el corazon, si el arriesgado mozo, viendo su manifesto peligro, no se abrazara con don Carlos, y Laura haciendo lo mismo le pidiera que se reportase, diciendo: ¡Ay, hermano! Mira que en esa vida está la de tu triste hermana. Reportóse don Carlos, y metiéndose su padre por medio, apaciguó la pendencia, y volviéndose á sus aposentos, temiendo don Antonio que si cada dia habia de haber aquellas ocasiones, sería perderse, se determinó no ver por sus ojos tratar mal á una hija tan querida; y así, otro dia tomando su casa, hijos y hacienda, se fué á Piedrablanca,

ca, dejando á Laura en su desdichada vida tan triste y tierna de verlos ir, que la faltó poco para perderla. Causa por que oyendo decir que en aquella tierra habia mujeres que obligaban por fuerza de hechizos á que hubiese amor, viendo cada dia el de su marido en menos-cabo, pensando remediarse por este camino, encargó que la trajesen una.

No fué muy perezoso el tercero á quien la hermosa y afligida Laura encargó que le trajese la embustera, y le trajo una, á quien la discreta y cuidadosa Laura, despues de obligada con dádivas, sed de semejantes mujeres, enterneció con lágrimas, y animó con promesas, contándole sus desdichas, y en tales razones la pidió lo que deseaba, diciéndola: Amiga, si tú haces que mi marido aborrezca á Nise, y vuelva á tenerme el amor que al principio de mi casamiento me tuvo, cuando él era mas leal y yo mas dichosa, tú veras en mi agradecimiento y liberal satisfaccion de la manera que estimo tal bien, pues pensaré que quedo muy corta con darte la mitad de toda mi hacienda. Y cuando esto no baste, mide tu gusto con mi necesidad, y señálate tú misma la paga de este beneficio, que si lo que yo poseo es poco, me venderé para satisfacerte. La mujer, asegurando á Laura de su saber, contando milagros en sucesos ajenos, facilitó tanto su peticion, que ya Laura se tenia por segura, á la cual la mujer dijo habia menester, para ciertas cosas que habia de aderezar para traer consigo en una bolsilla, barbas, cabellos y dientes de un ahorcado, las cuales reliquias con las demás cosas harian que don Diego mudase la condicion, de suerte que se espantaria, y que la paga no queria que fuese de mas valor que conforme á lo que sucediese. Y creed, señora, decia la falsa euredadora, que no bastan hermosuras ni riquezas á hacer dichosas, sin ayudarse de cosas semejantes á estas, que si supieses las mujeres que tienen paz con sus maridos por mi causa, desde luego te tendrías por dichosa, y asegurarias tus temores. Confusa estaba la hermosa Laura, viendo que le pedia una cosa tan difícil para ella, pues no sabia el modo cómo viniese á sus manos; y así, dándole cien escudos de oro, le dijo que el dinero todo lo alcanzaba, que los diese á quien la trajese aquellas cosas. A lo cual replicó lo taimada hechicera, que con esto queria entretener la cura, para sangrar la bolsa de la afligida dama y encubrir su enredo, que ella no tenia de quiéfiarse, demás que estaba la virtud en que ella lo buscara y se lo diese, y con esto, dejando á Laura en la tristeza y confusion que se puede pensar, se fué.

Discurriendo estaba Laura cómo podia buscar lo que la mujer pedia, y hallando por todas partes muchas dificultades, el remedio que halló fué hacer dos rios caudalosos sus hermosos ojos, no hallando de quién poderse fiar, porque le parecia que era afrenta que una mujer como ella anduviese en tan mecánicas cosas. Con estos pensamientos no hacia sino llorar; y hablando consigo misma decia, asidas sus blancas manos una con otra: Desdichada de tí, Laura, y cómo fueras mas venturosa, si como le costó tu nacimiento la vida á tu madre,

fuera tambien la tuya sacrificio de la muerte. ¡Oh, amor enemigo de las gentes! Y qué de males han venido por tí al mundo, y mas á las mujeres, que como en todo somos las mas perdidosas y las mas fáciles de engañar, parece que solo contra ellas tienen el poder, ó por mejor decir, el enojo. No sé para qué el cielo me crió hermosa, noble y rica, si todo habia de tener tan poco valor contra la desdicha, sin que tantos dotes de naturaleza y fortuna me quitasen la mala estrella en que nací. O ya que lo soy, ¿para qué me guarda la vida? Pues tenerla un desdichado, mas es agravio que ventura. ¿A quién contaré mis penas que me las remedie? ¿Quién oirá mis quejas que se enternezca? Y ¿quién verá mis lágrimas que me las enjague? Nadie por cierto, pues mi padre y hermanos por no oírlos me han desamparado, y hasta el cielo, consuelo de los afligidos, se hace sordo por no dármele. ¡Ay, don Diego! Y ¿quién lo pensara? Mas si debiera pensar si mirara que eres hombre, cuyos engaños quitan el poder á los mismos demonios; y hacen ellos lo que los ministros de maldades dejan de hacer. ¿Dónde se hallará un hombre verdadero? ¿En cuál dura la voluntad un dia? Y mas si se ven queridos. Mal haya la mujer que en ellos cree, pues alcabo hallará el pago de su amor, como yo le hallo. ¿Quién es la necia que desea casarse viendo tantos y tan lastimosos ejemplos? ¿Cómo es mi ánimo tan poco, mi valor tan afeminado, y mi cobardía tanta, que no quito la vida, no solo á la enemiga de mi sosiego, sino al ingrato que me trata con tanto rigor? ¡Mas ay, que tengo amor! Y en lo uno temo perderle, y en lo otro enojarle; ¿por qué, vanos legisladores del mundo, atais nuestras manos para las venganzas, imposibilitando nuestras fuerzas con vuestras falsas opiniones, pues nos negais letras y armas? ¿Nuestra alma no es la misma que la de los hombres? Pues si ella es la que da valor al cuerpo, ¿quién obliga á los nuestros á tanta cobardía? Yo aseguro que si entendiérais que tambien habia en nosotras valor y fortaleza, no os burlaríais como os burlais; y así, por tenernos sujetas desde que nacemos, vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con los temores de la honra, y el entendimiento con el recato de la vergüenza, dándonos por espadas ruecas, y por libros almohadillas. ¡Mas triste de mí! ¿De qué sirven estos pensamientos, pues ya no sirven para remediar cosas tan sin remedio?

Lo que ahora importa es pensar cómo daré á esta mujer lo que pide. Diciendo esto, se ponía á pensar qué haria, y luego volvía de nuevo á sus quejas. Quien oye las que está dando Laura, dirá que la fuerza del amor está en su punto, mas aun faltaba otro extremo mayor, y fué que viendo cerrar la noche y viendo ser la mas oscura y tenebrosa que en todo aquel invierno habia hecho, respondiendo á su pretension su opinion, sin mirar á lo que se ponía y lo que aventuraba si don Diego venia y la hallaba fuera, diciendo á sus criadas que si venia le dijese que estaba en casa de alguna de las muchas señoras que habia en Nápoles, poniéndose un manto de una de ellas, con una pequeña linternilla se

puso en la calle, y fué á buscar lo que ella pensaba habia de ser su remedio.

Hay en Nápoles, como una milla apartada de la ciudad, camino de Nuestra Señora del Arca, imágen muy devota de aquel reino, y el mismo por donde se va á Piedrablanca, como un tiro de piedra del camino real, á un lado de él, un humilladero, de cincuenta piés de largo, y otros tantos de ancho, la puerta del cual está hácia el camino, y enfrente de ella un altar con una imágen pintada en la misma pared. Tiene el humilladero estado y medio de alto, el suelo es una fosa de mas de cuatro en hondura, que coge toda la dicha capilla, y solo queda al rededor un poyo, de media vara de ancho, por el cual se anda todo el humilladero. A estado de hombre, y menos, hay puestos por las paredes unos garfios de hierro, en los cuales cuelgan á los que ahorcan en la plaza; y como los tales se van deshaciendo, caen los huesos en aquel hoyo, que como está si grado, les sirve de sepultura. Pues á esta parte tan espantosa guió sus pasos Laura, donde á la sazón habia seis hombres, que por salteadores habian ajustiado pocos dias hacia, la cual llegando á él con ánimo increíble, que se lo daba amor, tan olvidada del peligro, cuanto acordada de sus fortunas, pues podia temer, si no á la gente con quien iba á negociar, á lo menos caer dentro de aquella profundidad, donde si tal fuera, jamás se supiera de ella.

Ya he contado cómo el padre y hermanos de Laura, por no verla maltratar y ponerse en ocasion de perderse con su cuñado, se habian retirado á Piedrablanca, donde vivian, si no olvidados de ella, á lo menos desviados de verla. Estando don Carlos acostado en su cama, al tiempo que llegó Laura al humilladero despertó con riguroso y cruel sobresalto, dando tales voces, que parecia se le acababa la vida. Alborotóse la casa, vino su padre, acudieron sus criados; todos confusos y turbados y solemnizando su dolor con lágrimas, le preguntaban la causa de su señal, la cual estaba escondida aun al mismo tiempo que la sentia. El cual vuelto mas en sí, levantándose de la cama, y diciendo: En algun peligro está mi hermana, se comenzó á vestir á toda diligencia, dando órden á un criado para que luego al punto le ensillase un caballo, el cual apercibido, saltó en él, y sin querer aguardar que le acompañase algun criado, á todo correr de él partió la via de Nápoles con tanta prisa, que á la una se halló en frente del humilladero, donde paró el caballo de la misma suerte que si fuera de piedra. Procuraba don Carlos pasar adelante, mas era porfiar en la misma porfía, porque atrás ni adelante era posible volver, antes, como arrimándole la espuela queria que caminase, el caballo daba unos bufidos espantosos. Viendo don Carlos tal cosa, y acordándose del humilladero, volvió á mirarle, y como vió luz que salia de la linterna que su hermana tenia, pensó que alguna hechicera le detenía, y deseando saberlo de cierto, probó si el caballo queria caminar hácia allá, y apenas hizo la accion, cuando el caballo sin apremio alguno hizo la voluntad de su dueño; y llegando á la puerta con

su espada en la mano, dijo: Quien quiera que sea quien está ahí dentro salga luego fuera, que si no lo hace, por vida del Rey, que no me he de ir de aquí hasta que con la luz del día vea quién es y qué hace en tal lugar. Laura, que en la voz conoció á su hermano, pensando que se iría y mudando cuanto pudo la suya, le respondió: Yo soy una pobre mujer, que por cierto caso estoy en estelugar; y pues no os importa saber quién soy, por amor de Dios, que os vayáis; y creed que si porfiais en aguardar, me arrojaré luego al punto en esa sepultura, aunque piense perder la vida y alma. No disimuló Laura tanto la habla, que su hermano, que no la tenia tan olvidada como ella pensó, dando una gran voz, acompañada con un suspiro, dijo: ¡Ay, hermana! Grande mal hay, pues tú estás aquí; sal fuera, que no en vano me decia mi corazón este suceso. Pues viendo Laura que ya su hermano la habia conocido, con el mayor tiento que pudo, por no caer en la fosa, salió arrimándose á las paredes, y tal vez á los mismos ahorcados; y llegando donde su hermano lleno de mil pesares la aguardaba, no sin lágrimas se arrojó en sus brazos, y apartándose á un lado, supo de Laura en breves razones la ocasion que habia tenido por venir allá, y ella de él la que le habia traído á tal tiempo; y el remedio que don Carlos tomó fué ponerla sobre su caballo, y subiendo asimismo él, dar la vuelta á Piedrablanca, teniendo por milagrosa su venida, y lo mismo sintió Laura, mirándose arrepentida de lo que habia hecho. Cerca de la mañana llegaron á Piedrablanca; donde sabido de su padre el suceso, haciendo poner un coche, metiéndose en él con sus hijos é hija, se vino á Nápoles, y derecho al palacio del virey, á cuyos piés arrodillado le dijo que para contar un caso portentoso que habia sucedido, le

suplicaba mandase venir allí á don Diego Piñatelo, su yerno, porque importaba á su autoridad y sosiego. Su excelencia lo hizo así; y como llegase don Diego á la sala del virey, y hallase en ella á su suegro, cuñados y mujer, quedó absorto, y mas cuando Laura en su presencia contó al virey lo que en este caso queda escrito, acabando la plática con decir que ella estaba desengañada de lo que era el mundo y los hombres; y que así no queria mas batallar con ellos, porque cuando pensaba lo que habia hecho y dónde se habia visto, no acababa de admirarse; y que supuesto esto, ella se queria entrar en un monasterio, sagrado poderoso para valerse de las miserias á que las mujeres están sujetas. Oyendo don Diego esto, y negándole al alma el ser causa de tanto mal, en fin, como hombre bien entendido, estimando en aquel punto á Laura mas que nunca, y temiendo que ejecutase su determinacion, no esperando él por sí alcanzar de ella cosa alguna, segun estaba agraviada, tomó por medio al virey, suplicándole pidiese á Laura que volviese con él, prometiendo la enmienda de allí adelante. Hizolo el virey; mas Laura, temerosa de lo pasado, no fué posible que lo aceptase, antes mas firme en su propósito, dijo que era cansarse en vano, que ella queria hacer por Dios, que era amante mas agradecido, lo que por un ingrato habia hecho; con que este mismo dia se entró en la Concepcion, convento noble, rico y santo. Don Diego desesperado se fué á su casa, y tomando las joyas y dineros que halló, se partió sin despedirse de nadie de la ciudad, donde á pocos meses se supo que en la guerra que la majestad de Felipe III tenia con el duque de Saboya habia acabado la vida.

## EL JUEZ DE SU CAUSA,

POR DOÑA MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

Tuvo entre sus grandezas la nobilísima ciudad de Valencia, por nueva y milagrosa maravilla de tan celebrado asiento, la sin par belleza de Estela, dama ilustre, rica y de tantas prendas, gracias y virtudes, que cuando no tuviera otra cosa de qué preciarse sino de tenerla por hija, pudiera alabarse entre todas las ciudades del mundo de su dichosa suerte. Era Estela única en casa de sus padres, y heredera de mucha riqueza, que para sola ella les dió el cielo, á quien agradecidos alababan por haberles dado tal prenda. Entre los muchos caballeros que deseaban honrar con la hermosura de Estela su nobleza fué don Carlos, mozo noble, rico y de las prendas que pudiera Estela elegir un noble marido, si bien Estela, atada su voluntad á la de sus padres, como de quien sabia que procuraban su acrecentamiento, aunque entre todos se agradaba mas de las virtudes y gentileza de don Carlos, era con tanta cordura y recato, que ni ellos ni él conocian en ella ese deseo, pues ni despreciaba cruel sus pretensiones, ni admitia liviana sus deseos, favoreciéndole con un mirar honesto y un agrado cuerdo, de lo cual el galán satisfecho y contento seguia sus pasos, adoraba sus ojos y estimaba su hermosura, procurando con su presencia y continuos paseos dar á entender á la dama lo mucho que la estimaba. Habia en Valencia una dama de mas libres costumbres que á una mujer noble y medianamente rica convenia, la cual viendo á don Carlos pasar á menudo por su calle, por ser camino para ir á la de Estela, se aficionó de suerte, que sin mirar en mas inconvenientes que á su gusto, se determinó á dárselo á entender del modo que pudiese. Poníasele delante en todas ocasiones, procurando despertar con su hermosura su cuidado; mas como los de don Carlos estuviesen ocupados y cautivos de la belleza de Estela, jamás reparaba en la solicitud con que Claudia, que este era el nombre de la dama, vivia; pues como se aconsejase con su amor y el descuido de su amante, y viese que nacia de alguna voluntad, procuró saberlo de cierto, y á pocos lances descubrió lo mismo que quisiera encubrir á su misma alma, por no atormentarla con el rabioso mal de los celos. Y conociendo el poco remedio que su amor tenia, viendo al galán don Carlos tan bien empleado, procuró por la via que pudiese estorbarlo, ó ya que no pudiese mas, vivir con quien adoraba, para que su vista aumentase

su amor, ó su descuido apresurase su muerte. Para lo cual, sabiendo que á don Carlos se le habia muerto un paje, que de ordinario le iba acompañando, y le servia de fiel consejero de su honesta afición, aconsejándose con un antiguo criado que tenia, mas codicioso de su hacienda que de su hermosura y quietud, le pidió que diese traza cómo ella ocupase la plaza del muerto siervo, dándole á entender que lo hacia por procurar apartarle de la voluntad de Estela, y traerle á la suya, ofreciéndole, si lo conseguia, gran parte de su hacienda. El codicioso viejo, que vió por este camino gozaria de la hacienda de Claudia, se dió tal maña en negociarlo, que el tiempo que pudiera gastar en aconsejarla lo contrario, ocupó en negociar lo de su traje en el de varon y en servicio de don Carlos y su criado con la gobernacion de su hacienda y comision de hacer y deshacer en ella; venció la industria los imposibles, y en pocos dias se halló Claudia paje de su amante, granjeando su voluntad de suerte que ya era archivo de los mas escondidos pensamientos de don Carlos, y tan valido suyo, que solo á él encomendaba la solicitud de sus deseos. Ya en este tiempo se daba don Carlos por tan favorecido de Estela, habiendo vencido su amor los imposibles del recato de la dama, que á pesar de los ojos de Claudia, que con lágrimas solemnizaba esta dicha de los dos amantes, le hablaba algunas noches por un balcon, recibiendo con agrado sus papeles, y oyendo con gusto algunas músicas que le daba su amante algunas veces. Pues una noche que entre otras muchas quiso don Carlos dar una música á su querida Estela, y Claudia con su instrumento habia de ser el tono de ella, en lugar de cantar el amor de su dueño, quiso con este soneto desahogar el suyo, que con el lazo al cuello estaba para precipitarse.

Goce su libertad el que ha tenido  
Voluntad y sentidos en cadena;  
Y el condenado en amorosa pena,  
El dudoso favor que ha prevenido.  
En dulces lazos, pues leal ha sido,  
De mil gustos de amor el alma llena,  
El que tuvo su bien en tierra ajena  
Triunfe de ausencia, sin temor de olvido.  
Viva el amado sin favor celoso;  
Y venza su desden el despreciado,  
Logre sus esperanzas el que espera.  
Con su dicha alegre el venturoso,  
Y con su prenda el victorioso amado,  
Y el que amare imposibles cual yo, muera.